

Monseñor Luis Gastón De Segur La Revolución (III)

8° ¿Es una quimera la conspiración anticristiana de la Revolución?

La Revolución, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volterianismo, se manifestó en Francia –según dijimos– a fines del siglo XVIII. Las sociedades secretas, ya poderosas entonces, presidieron a su nacimiento. Mirabeau y casi todos los hombres de 1789, Danton, Robespierre y los demás malvados de 1793, pertenecían a estas sociedades. Hacia 1820 el foco revolucionario se trasladó a Italia, y desde allí la *Alta Venta* o *Consejo Supremo* ha dirigido con prudencia de serpiente el gran movimiento de rebelión en toda Europa. Asesta sus tiros particularmente a Europa, porque está a la cabeza del mundo.

La Providencia permitió que en estos últimos años cayesen en manos de la policía romana algunos documentos auténticos de la conspiración revolucionaria. El Padre Jacques Créteineau-Joly, a instancias del papa Pío IX, los publicó en su libro *La Iglesia romana frente a la Revolución* (1859). «*A confesión de parte, relevo de pruebas*». De estos documentos vamos a dar ahora algunos extractos, en los que la misma Revolución confiesa, a través de sus jefes más autorizados:

1° Que ha urdido un plan de ataque general y organizado.

2° Que, para triunfar, tiene que corromper, y corromper sistemáticamente.

3° Que esta corrupción ha de aplicarse principalmente a la juventud y al clero.

4° Que sus armas declaradas son la calumnia y la mentira.

5° Que la masonería es su noviciado preparatorio.

6° Que procura atraer a sus filas a los príncipes, a la vez que se esfuerza por destruirlos.

7° Que el protestantismo es para ella un precioso auxiliar.

9° El plan general y organizado de la Revolución anticristiana.

El plan urdido por la Revolución es universal: quiere minar en toda Europa cualquier jerarquía religiosa y política. Mas, para quedar perfectamente organi-

zado, este plan ha de guardarse en el más perfecto secreto, al que se obligan todos los que forman parte de esta gran conjuración:

*«Nosotros formamos una asociación de hermanos en todos los puntos de la tierra; tenemos deseos e intereses comunes; vamos a **liberar a la humanidad**, y para ello queremos **quebrantar toda clase de yugo**. Esta asociación es secreta, aun para nosotros mismos, veteranos de las asociaciones secretas»* (Carta del corresponsal en Londres a la Alta Venta).

«El éxito de nuestra empresa depende del más profundo misterio, razón por la cual, en nuestras Ventas, exigimos que el iniciado, al igual que el cristiano de la Imitación, esté siempre dispuesto a permanecer desconocido y ser tenido en nada» (Carta de NUBIUS, jefe de la Alta Venta, a VOLPE, corresponsal en Alemania).

«Para dar a nuestro plan toda la extensión que conviene, hemos de obrar en silencio, en el más perfecto secreto, y ganar terreno poco a poco, sin retroceder jamás» (Carta del corresponsal de Ancona a la Alta Venta).

Tertuliano decía ya del Cristianismo: *«Lo único que teme es no ser conocido»*. La Revolución dice lo contrario: *«Lo que temo es la luz»*. Pues la luz la privaría, no digamos ya de lo que hay de religioso en los hombres, sino aun de lo que hay de honrado.

No vaya a pensarse que sea esta una conspiración común, una revolución como otras tantas, no; es la Revolución, es decir, la desorganización fundamental, que sólo puede llevarse a cabo gradualmente, y después de largos y continuos esfuerzos.

«El trabajo que vamos a emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año. Puede durar varios años, quizá un siglo. Pero, en nuestras filas, el soldado muere, y la lucha continúa» (Instrucción secreta y general de la Alta Venta).

El punto de mira de esta conspiración sacrílega es Italia, a causa de Roma, y Roma, a causa del Papado.

*«Desde que estamos organizados como cuerpo activo, y ha comenzado a reinar el orden, así en el seno de las **Ventas** más lejanas como en el de las más próximas al centro, un pensamiento ha preocupado siempre a los hombres que aspiran a la regeneración universal, y es el de la libertad de Italia, de la que debe resultar a su debido tiempo la libertad del mundo entero. **Nuestro objetivo final es el de Voltaire y el de la Revolución francesa: el aniquilamiento completo del catolicismo y aun de la idea cristiana**, la cual, si quedara en pie sobre las ruinas de Roma, podría más tarde perpetuar el Catolicismo»* (Instrucción de la Alta Venta).

*«A esta victoria sólo se llega de combate en combate. **Tened pues, siempre los ojos fijos sobre Roma. Emplead todos los medios para hacer impopular al clero**; haced, en la capital del Catolicismo, lo que todos nosotros, individualmente o en cuerpo, hacemos en los flancos. ProvoCAD la agitación política o social, con motivo o sin motivo, poco importa, pero provoCADla. Esta consigna encierra todos los elementos de triunfo. La conspiración mejor tramada será la que más agitación provoque, y la que comprometa a más gente. Preparad mártires y víctimas; siempre hallaremos gente que sepa dar a esto los colores necesarios»* (Instrucción de la Alta Venta).

«**No conspiramos más que contra Roma.** Para esto, aprovechemos todas las circunstancias, y sirvámonos de todas las eventualidades. Pero desconfiemos principalmente de las exageraciones de celo. **Un odio frío, bien calculado y profundo,** vale más que todos los fuegos artificiales y que todas las declamaciones de la prensa. Esto, en París, no quieren entenderlo; pero en Londres he conocido a gente que comprende mejor nuestro plan y se asocia a él con más fruto» (Carta de un jefe a los agentes superiores de la Venta piamontesa).

¡Cómo la Revolución comprende como instintivamente que todo, en la Iglesia, descansa en el Papado y en el clero católico!

Eso mismo es lo que desvela que los acontecimientos modernos que afectaron a Roma fueron orquestados por el plan secreto revolucionario:

«La unidad política de Italia es una quimera; pero aun siendo más quimera que realidad, produce un gran efecto en las masas y en la ardorosa juventud. Ya sabemos qué pensar sobre este principio: está vacío y seguirá estando vacío; sin embargo, es **un medio de agitación,** y así, no debemos privarnos de él. Provocad agitaciones discretamente, trastornad la opinión, mantened a raya el comercio, y sobre todo nunca os manifestéis. No hay medio más eficaz que este para sembrar las sospechas contra el gobierno pontificio» (Carta del corresponsal de Ancona).

«En Roma los progresos de la causa son visibles; hay indicios que no engañan a los ojos perspicaces, y ya desde muy lejos se siente el comienzo del movimiento. Por fortuna no tenemos la petulancia de los franceses. Queremos que madure el fruto antes de explotarlo, ya que este es el único medio de obrar con acierto y seguridad. Usted me ha recordado algunas veces que nos ayudaría cuando la caja común quedase exhausta. Ya sabe usted por experiencia que, en todas partes, pero principalmente aquí, el dinero es el nervio de la guerra. Ponga a nuestra disposición muchos, pero muchos táleros [antigua moneda alemana]. **Es la mejor artillería para batir en brecha a la Sede de Pedro**» (NUBIUS al corresponsal de Alemania).

«En Londres me han hecho ofertas de consideración. Dentro de poco tendremos en Malta una imprenta, y con impunidad, de modo seguro y bajo la protección del pabellón inglés, podremos esparcir de una parte a otra de Italia los libros, folletos, etc., que la **Alta Venta** juzgue conveniente poner en circulación. Nuestras imprentas de Suiza producen ya libros **tal como los deseamos**» (Carta a la Venta piamontesa).

Al cabo de veinticinco o treinta años, la conspiración reconoce haber hecho considerables progresos. Cuenta con Francia para obrar, reservando siempre a Italia la dirección suprema. Desconfía de los demás pueblos: los franceses son demasiado fanfarrones; los ingleses, sobradamente tristes; los alemanes, excesivamente nebulosos. A sus ojos, solamente el italiano reúne las cualidades de rencor, cálculo, perfidia, discreción, paciencia, sangre fría y crueldad necesarias para obtener el triunfo.

«En pocos años hemos logrado adelantar considerablemente las cosas. Por todas partes, así en el Norte como en el Mediodía, reina la desorganización social. Todo se ha puesto al nivel a que queremos rebajar al género humano. Nos ha sido muy fácil corromper. Tanto en Suiza como en Austria, en Prusia como en Italia, nuestros sica-

rios sólo aguardan una señal para destrozar el molde antiguo. Suiza pretende dar dicha señal; pero estos suizos radicales no tienen la talla para conducir las sociedades secretas al asalto de Europa. Preciso es que Francia ponga su sello a esta orgía universal, y puede usted tener la total seguridad de que París no faltará a su misión» (Carta del corresponsal de Viena a NUBIUS).

*«Por toda Europa he encontrado las mentes muy propensas a la exaltación. Todo el mundo confiesa que el mundo antiguo cruje, y que ya pasó la época de los reyes. He recogido abundante cosecha; ya no me cabe la menor duda, después que haber estudiado el trabajo de nuestras sociedades en Francia, Suiza, Alemania y aún en Rusia, de que los tronos están por caer. El asalto que se hará a los príncipes de la tierra de aquí a pocos años, los sepultará a todos bajo los restos de sus ejércitos impotentes y de sus monarquías caducas. Mas no es esta la victoria para cuyo éxito hacemos tantos sacrificios. Lo que ambicionamos no es una revolución en uno u otro punto, cosa que logramos siempre que queremos. **Para matar con toda seguridad al viejo mundo, hemos creído necesario ahogar por completo el germen católico y cristiano»*** (Carta del corresponsal de Liorna a NUBIUS).

*«El sueño de las sociedades secretas se realizará por la sencillísima razón de que está fundado **en las pasiones del hombre**. No nos desanimemos, pues, por un fracaso, un revés o una derrota. Preparemos nuestras armas en el silencio de las Ventas. Por todos los medios a nuestro alcance, halaguemos todas las pasiones, **tanto las más perversas como las más generosas**. Todo nos induce a creer que nuestro plan tendrá un éxito mucho más feliz de lo que nos atrevemos a esperar»* (Instrucción de la Alta Venta).

En su pretensión de destruir la Iglesia, la Revolución no se detiene ante ningún medio: todos son buenos y quedan justificados:

«Para esta grande obra –decía Proudhon, el abogado lógico de la causa revolucionaria– se necesita ancha conciencia, que no se arredre cuando llegue la ocasión, ni ante una alianza adúltera, ni ante la fe pública violada, ni ante las leyes de humanidad pisoteadas».

Destruir, pues, el Cristianismo, *«superstición caduca y perniciosa»*, tal es el fin reconocido de la liga infernal que ha forjado la Revolución, con esperanza de buen éxito. El viejo Voltaire ha sido ampliamente superado.

Todo lo dicho, como se advirtió al principio, está sacado de las cartas de los propios cabecillas de la Revolución, de manera que hay luz suficiente para todo aquel que tiene ojos para ver y no cierra su inteligencia ante la evidencia de los acontecimientos.

¿Qué les parece, lectores míos? ¿Es la Revolución una causa grande y noble? ¿Merece nuestras simpatías? ¿Puede su obra conciliarse con la Iglesia y la fe cristiana? ¿Acaso se la calumnia cuando se la condena y anatematiza como detestable y satánica?